

ricos del Sur rinden ferviente culto á los enunciados sentimientos de fraternidad ibérica.

Queda de V., como siempre, afectísimo amigo y atento servidor Q. S. M. B.,

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 22 de Agosto de 1884.

BOLÍVAR Y LOS INCAS.

CARTAS DE D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN,
D. MIGUEL ANTONIO CARO Y D. CARLOS
HOLGUÍN.

I.

CARTA DEL SEÑOR ALARCÓN AL REDACTOR DE
«ESPAÑA Y AMÉRICA.»

En una publicación colombiana, destinada á festejar el centenario de Bolívar, leí hace poco tiempo ciertos gallardos versos en que el literato más distinguido de Bogotá menciona á tan famoso general y repúblico con el dictado de *Vengador de los Incas*.

Por mucho que lo pienso, no puedo discernir el significado de esta calificación. Antes bien, sigo preguntándome en son de protesta:—¿Qué era Bolívar? ¿español ó indio?—¿Á quiénes libertó de la tutela de Madrid? ¿á los quichuas, casapuchos y chiquitos del Perú y á otras razas indíge-

nas de la América meridional y central, ó á los descendientes de los mismísimos españoles que habían conquistado los imperios indios y derribaron sus tronos y altares, no restaurados todavía, que yo sepa?—¿Quién ejerce hoy el poder en el Perú? ¿los sucesores de Atahualpa y Tupac-Amaru, ó los herederos de aquellos Pizarro, Almagro, Martínez, Fernández, Pérez, López, etc., que acabaron con la dinastía y el pueblo de Manco-Capac?—¿En qué, pues, y cómo, y á qué título pudo *vengar Bolívar á los Incas*, al sustituir el Gobierno *español* con otros gobiernos de *españoles*?

Celebraría que la nueva publicación titulada *España y América*, cuyo propósito es tan noble y elevado, aclarase bien este asunto, á fin de que nunca renieguen de su sangre, creyéndose de raza india, ni desconozcan las glorias y responsabilidades que han heredado con su apellido, nuestros caros hermanos de aquellas tierras trasatlánticas que fueron colonias ó provincias españolas, los cuales, llegados luego á su mayor edad, dejaron la

casa paterna, se declararon independientes y pusieron casa aparte.—Esta separación (¿á qué negarlo?) irritó y dolió mucho durante algún tiempo á la severa madre España, tan celosa siempre de autoridad y poderío; pero hoy es un hecho inalterable y aceptado cordialísimamente, cuyas consecuencias vemos los españoles de Europa con el antiguo cariño de familia, pidiendo á Dios que haga prósperas y felices en su nuevo estado á todas aquellas naciones, hijas de nuestra patria, que siguen hablando la lengua de Castilla y cuya denominación general en el mundo entero es todavía la de *América española*.—No hay, por tanto, ni siquiera motivos de enojo para que el dicho poeta colombiano haya incluido á Bolívar entre los héroes Incas, ó sea entre los enemigos naturales de España.

P. A. DE ALARCÓN.

II.

CARTA DEL SEÑOR CARO AL SEÑOR HOLGUÍN.

(Fragmento.)

Hacienda de Palermo, Enero 17 de 1884.

Veo que el Sr. Alarcón, y otros á quienes no menciona V., han extrañado en una oda firmada por mí aquel verso

Tu diestra de los Incas vengadora,

y quedo aguardando la carta que sobre este punto iba á dirigir el mismo señor Alarcón á no sé qué periódico. Cosa buena será y sabrosa de leer, como de ingenio tan feliz; y de todas suertes mis versos quedarán muy honrados con la crítica de un escritor de alta nombradía, que aunque haya de pronunciar fallo adverso, de hecho ha estado cortés con ellos haciéndoles materia de examen, amén de tratarlos, como no dudo que los habrá tratado, con generosa benevolencia.

Pero no me conformo con la inteligencia que da él, según colijo, al verso copiado, porque esto me da á entender que ha parado mientes en un pormenor insignificante más bien que en el espíritu y tendencias de la oda tomada en conjunto. Me figuro que el Sr. Alarcón se ha desentendido del contexto, no sólo de la misma pieza, sino del himno á la Reconciliación que se publicó al mismo tiempo (*Romancero Colombiano*) y que le sirve de complemento.

Aunque no he visto las razones que alega el Sr. Alarcón, yo hago mi composición de lugar, y en desahogo confidencial con V. anticiparé algunas de las que me asisten para defender el asendereado renglón métrico. Yo dividiría mi sermón apologético en partes y probaría tres proposiciones:

1.^a *La frase que yo empleé está sancionada por los mejores poetas, y recibida por todo el mundo como un modo poético de aludir á la emancipación del Perú.*

Como en este campo no tengo libros,

pondré á prueba mi memoria para traer algunas citas.

Baralt dice en un soneto á Bolívar:

Y al ver la antigua afrenta ya *vengada*,
De los soberbios Andes en la cumbre,
Las sombras de los Incas sonrieron.

Bello, refiriéndose á las armas colombianas:

La cuna de los Incas libertaron.

Y Bolívar mismo, en uno de aquellos rasgos hiperbólicos tan frecuentes en su estilo, dijo que el vencedor de Ayacucho debía ser representado sobre los Andes, tendiendo los pasos de cumbre á cumbre, y llevando en sus brazos la cuna de los Incas.

También hablamos de los hijos del Sol refiriéndonos en lenguaje poético á los peruanos, y la imagen del astro padre de la luz se conserva en los emblemas de aquella nacionalidad, sin que impliquen idolatría estas figuras de una mitología hipotética ó simbólica.

2.^a *La frase de que se trata no sólo es poética, sino moralmente verdadera.*

La alusión á los Incas es, en general, un recuerdo poético. Decir que los sangrientos hechos de armas que trajeron la independencia del Perú dieron venganza á la memoria de los Incas, es una afirmación conforme, además, con la filosofía de la historia.

Si aquellos soberanos indígenas hubieran resucitado, y si prestamos á sus sombras sentimientos consecuentes con lo que ellos fueron en vida, seguramente que se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro.

Y aun sin eso, bajo cualquier concepto que se contemple la guerra de independencia, los Incas se habrían gozado en ver la raza conquistadora dividida en bandos y despedazándose en mortal contienda.

De una y otra parte la sangre que corría en aquellos campos era, toda casi, española; así que dicen más de lo que su autor pensó aquellos versos de Bello:

Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma.

¿Fué nuestra guerra de independencia espantable destrozó intestino de la raza conquistadora? Si lo fué, debió también de ser grande (aunque tardío) desagravio para la raza conquistada.

¿Cuál es la nación santa, inmaculada, que no mereció castigo? Castigo grande es la guerra civil. Pero una cosa es el castigo y otra la repudiación. Pudo Dios castigar á la nación española, sin quitar á la raza hispana el cetro que le confió sobre el Nuevo Mundo.

La conquista fué obra providencial, y Dios no se ha arrepentido de su obra.

El error de Olmedo, que yo mismo he censurado con la mayor energía, está en no haber hecho esta distinción; en decir que no hubo más español honrado que Las Casas, y que por ello mereció ir al cielo de los Incas; en no ver en la conquista sino matanzas y robos, y no el triunfo y dilatación de la civilización cristiana; en confundir la emancipación política con la restauración de la antigua barbarie é idolatría.

En suma, y concretándome á una sola

idea, el error de Olmedo no consiste en hablar de venganza y castigo, sino en añadir reparación y gloria.

Venganza y gloria nos darán los cielos.

3.^a *Cualquiera que sea el valor intrínseco de la proposición discutida, el autor de la oda á la estatua de Bolívar no la consignó en estilo directo como suya, sino en estilo indirecto como pensamiento de Olmedo.*

El plan de la oda se reduce á enumerar varios puntos de vista en que ha sido admirado el libertador y que no fijaron, empero, la atención del estatuario; y en indicar luego el aspecto que Teneranni eligió como glorioso y como punto de partida de su creación artística.

Es evidente que el poeta aprueba la intención del escultor, ó mejor dicho, la intención que al escultor, con fundamento ó sin él, atribuye, y por lo mismo desecha, sin aprobar ni desaprobar, los puntos de vista de otros admiradores del libertador. Parece que el Sr. Alarcón no se habrá fijado en esta consideración.

La primera estrofa expresa el género de admiración de Olmedo, y es una condensación del *Canto á Bolívar*.

Hay allí un verso copiado literalmente de Olmedo como para indicar al lector que aquella estrofa está, en cierto modo, entre comillas. Traducida en prosa, diría:

Bolívar: hay varios modos de admirarte, de que no participó tu escultor.— Uno de ellos, el de Olmedo. El cantor de Junín te contempla como á semidiós tonante y vengador de los Incas...

¿Es esto estilo directo ó indirecto?

Y yo extraño muchísimo que un escritor como Alarcón, maestro en el arte de dialogar y de decir las cosas de un modo rápido y sugestivo, no haya apreciado el sentido indirecto de la primera estrofa de mi oda. Allí hay un diálogo, una discusión implícita, y el primero que habla es Olmedo.

.....

MIGUEL ANTONIO CARO.

III.

CARTA DEL SEÑOR ALARCÓN AL SEÑOR HOLGUÍN.

Madrid 30 de Marzo de 1884.

EXCMO. SR. D. CARLOS HOLGUÍN.

Mi muy querido amigo y compañero: Por formalidad cancelleresca, le devuelvo la carta de su hermano político, el ilustre miembro fundador de la Academia Colombiana, que tuvo V. la bondad de entregarme para que la leyese; pero, al propio tiempo, le suplico me envíe, cuando menos, copia de ella, para guardarla entre mis mejores papeles literarios. Y, ahora, prepárese á resistir mi verbosidad, si por acaso resulto más extenso de lo que conviene á sus muchas ocupaciones.

Ante todo y sobre todo, me complazco infinito en que tan profundo literato y digna persona como el sabio prologuista de las obras de Bello, me dé las señala-

das pruebas de benevolencia que hallo en la indulgente carta á que respondo, y agradecería muchísimo á V. que se lo escribiera de mi parte, ofreciéndole juntamente las *seguridades*, que decimos hoy, de mi sincera admiración y pobre amistad.

También desearía que el Sr. Caro me perdonase si en algo le han molestado las líneas que escribí en *España y América*, más atento al bien que pudieran proporcionar ciertas publicaciones á los iberos de ambos continentes, que á consideraciones de compañerismo y respeto, de lo que no habría prescindido mi pluma en ningún otro caso.

Quiere esto decir que juzgué desde luego, y sigo juzgando, que el asunto en cuestión llegará á ser muy útil, si una persona tan distinguida é influyente como el Sr. Caro reconoce, publicándolo por de contado, que los *españoles* de ambos hemisferios no debemos considerar esta palabra *españoles* como signo político de la pasada dominación de un determinado Gobierno en ciertos países de América,

sino como un apellido de familia que todos llevamos con igual título; ¡como el apellido de la familia que descubrió, conquistó y civilizó las Indias occidentales! Los colombianos, por ejemplo, son en conjunto uno de los hijos del conquistador: emancipóse este hijo al llegar á la mayor edad, y puso casa aparte, no sin que precediera gran reyerta con sus progenitores, como la habrá siempre que ocurra una de estas separaciones, y como yo deseo que la haya hasta correr nuevos mares de sangre el día que Cuba, Puerto Rico y las Filipinas quieran abandonar á España por la fuerza y en pro de nuestros enemigos comunes. Pero se hicieron las paces entre España y Colombia, y reconocida y aceptada la emancipación en términos amistosos, hemos vuelto á ser una sola y verdadera familia, establecida en dos hogares distintos; de tal modo que nosotros, los padres ó abuelos, nos complace en visitar y abrazar á Vds., que son nuestros hijos ó nietos, deseándoles mil prosperidades en esa su ya propia morada, donde tienen independencia, li-

das pruebas de benevolencia que hallo en la indulgente carta á que respondo, y agradecería muchísimo á V. que se lo escribiera de mi parte, ofreciéndole juntamente las *seguridades*, que decimos hoy, de mi sincera admiración y pobre amistad.

También desearía que el Sr. Caro me perdonase si en algo le han molestado las líneas que escribí en *España y América*, más atento al bien que pudieran proporcionar ciertas publicaciones á los iberos de ambos continentes, que á consideraciones de compañerismo y respeto, de lo que no habría prescindido mi pluma en ningún otro caso.

Quiere esto decir que juzgué desde luego, y sigo juzgando, que el asunto en cuestión llegará á ser muy útil, si una persona tan distinguida é influyente como el Sr. Caro reconoce, publicándolo por de contado, que los *españoles* de ambos hemisferios no debemos considerar esta palabra *españoles* como signo político de la pasada dominación de un determinado Gobierno en ciertos países de América,

sino como un apellido de familia que todos llevamos con igual título; ¡como el apellido de la familia que descubrió, conquistó y civilizó las Indias occidentales! Los colombianos, por ejemplo, son en conjunto uno de los hijos del conquistador: emancipóse este hijo al llegar á la mayor edad, y puso casa aparte, no sin que precediera gran reyerta con sus progenitores, como la habrá siempre que ocurra una de estas separaciones, y como yo deseo que la haya hasta correr nuevos mares de sangre el día que Cuba, Puerto Rico y las Filipinas quieran abandonar á España por la fuerza y en pro de nuestros enemigos comunes. Pero se hicieron las paces entre España y Colombia, y reconocida y aceptada la emancipación en términos amistosos, hemos vuelto á ser una sola y verdadera familia, establecida en dos hogares distintos; de tal modo que nosotros, los padres ó abuelos, nos complace en visitar y abrazar á Vds., que son nuestros hijos ó nietos, deseándoles mil prosperidades en esa su ya propia morada, donde tienen independencia, li-

bertad, autonomía, bolsillo aparte, etc., etc., bien que siempre el mismo apellido, la misma sangre y la misma historia que los que políticamente ó por antonomasia continuamos llamándonos meramente *españoles*.

En lo demás, si Bello, Baralt, Bolívar y otros á quienes también admiro ó respeto con la debida *sindéresis*, han dicho lo mismo que el Sr. Caro, sancionando poéticamente la especie inexacta comprendida en el verso

Tu diestra de los Incas vengadora,

esto significa únicamente que, en vez de ser *uno*, han sido *varios* los que han incurrido en error... disculpable durante la lucha y el enojo, é indisculpable después de la paz y la amistad. Nada más común, en efecto, que oír á los mencionados hijos, cuando desean casarse y los padres se oponen y luchan con éstos por consiguiente, hablar pestes hasta del heredado *apellido* y de los *blasones* de su ascendencia, dando la razón á los antiguos adversarios de la casa, etc., etc.; y

también los padres suelen en tales circunstancias propalar horrores contra los mismos hijos á quienes adoran...—Pero, como ya he dicho, vienen luego la celebración del matrimonio, el nacimiento de los nietos, la reconciliación, los intereses mutuos, y reaparece con más brío que nunca el amor de familia, jamás extinguido en el fondo...—que es lo que hoy pasa, y de lo cual, Sr. D. Carlos de mis pecados, recibe V. diarias muestras en Madrid, donde todos, chicos y grandes, académicos y próceres, pollos y viejos, estamos prendados de usted... ¡y hasta le toleramos que nos gane el dinero al tresillo!—¡Entonces, el antes atufado hijo se arrepiente de todo lo que habló contra sus padres y abuelos, y riñe de nuevo con todos los tradicionales enemigos de la casa!...—Por eso dice sabiamente el refrán: «Entre padre y hermanos no metas tus manos.»

Confiese, pues, el insigne Sr. Caro haber sido arrastrado á *error de expresión* por los precedentes poéticos del segundo período de discordias (meto en cuenta las

del tiempo de Pizarro), y diga al esclarecido Baralt (cuando le vea dentro de muchísimos años en los Campos Elíseos) que no tuvo fundamento alguno para figurarse que

Al ver la antigua afrenta *ya vengada*,
Las sombras de los Incas sonrieron...

puesto que Bolívar y sus compañeros de gloria y fortuna eran tan españoles como Pizarro y Almagro, y siguieron, y siguen en su descendencia, teniendo bajo sus pies á los Incas.

Diga asimismo á Bello, al egregio Bello, al autor de la *Silva* que recuerdo todos los días mientras tomo café ó chocolate, que se equivocó al asegurar que los enemigos de Fernando VII

La cuna de los Incas libertaron,

dado que esa cuna no ha sido nunca *libertada* por nadie, y sigue y debe seguir siete estados debajo de tierra.

Y al propio Bolívar (que tenía todas las cualidades y virtudes de un gran caudillo español), dígame, igualmente, que nadie guerreó en su tiempo «llevando en sus

brazos la cuna de los Incas,» supuesto que aquellos insurgentes no tremolaban la bandera de Manco-Capac, ni los herederos de Atahualpa y Tupac-Amaru pensaron entonces en restaurar su raza, sus leyes ni su religión...—Por el contrario, todavía hoy...—Pero doblemos la hoja.

Borre, en fin, por su parte el docto señor Caro aquel párrafo de la carta á que contesto en que asegura *que las sombras de los Incas se habrían regocijado de ver abatidos y arrojados del territorio á los sucesores de Pizarro...* y debe borrarlo inmediatamente con magnanimidad, porque jamás han acontecido semejantes hechos; porque los sucesores de Pizarro siguen dentro del Perú; porque son los gobernantes de hoy; porque continúan imperando allí sobre los Incas; porque representan la misma, mismísima conquista del siglo xvi que suponen caducada y *vengada* aquellos poetas, olvidándose de que se llaman *Pérez, López, Rodríguez, ó BELLO, CARO, OLMEDO...* etc., etc., sin contar á HOLGUÍN... apellido cuya cuna está asimismo en España.

Cuando únicamente acierta su hermano político de V. y expresa la verdad con terrible elocuencia, es cuando indica en la mencionada carta que *las sombras de los Incas gozarían y se creerían vengadas al ver la división y lucha de la raza conquistadora.*—¡Oh sí! ¡Eso sí! ¡De tal modo solamente hemos vengado todos á los Incas!—Pero ¡por Dios, que no se repita el caso! ¡No los vengemos nunca más! ¡No volvamos á reñir los iberos de uno y otro continente!

Ni hay para qué. Ni sucederá.—Lejos de eso, con hombres como Caro, como V., como los Presidentes de las repúblicas americanas que nos honran ingresando en la Academia Española y como tantos otros esclarecidos varones que ya recuerdan con amor y veneración á la noble madre que dejaron en el hogar paterno y á la cual bendicen desde el propio hogar, no puede reproducirse la discordia cuya última sangrienta página fué el Callao...—Antes bien, esos nuevos pueblos y el pueblo secular que los engendró; Vds. y nosotros unidos, como apre-

tada falanje de deudos, podremos hacer muy grandes cosas en la paz (¡quiera el cielo que sea en la paz!) ó en guerra contra otros...; quiero decir, en guerra contra los Incas de ahora; contra los que actualmente nos disputan la preponderancia en América; contra los enemigos comunes que hoy tenemos en ambos mundos; contra Londres y contra Washington...—¡Por mi parte pierdo muchas noches el sueño pensando en los filibusteros de Nueva York y en la usurpación de Gibraltar!

Adiós, amigo, y compañero.—Perdone que le haya calentado tanto la cabeza, y mande á su afmo. servidor Q. B. S. M.

P. A. DE ALARCÓN.